

Según documentos probatorios existentes en la Catedral (1), el 10 de marzo de 1378, el obispo y cabildo de Valencia contrataron con un relojero llamado Juan Alemany la construcción de un reloj de gran tamaño, con esfera marcada de veinticuatro horas y los cuartos de hora, más una campana que los anunciaba.

Juan Alemany cobró por este artefacto mecánico la cantidad de 124 florines de oro de Aragón, pagaderos así: sesenta, al empezar la obra, y el resto, una vez terminada. La campana fué fundida por Berenguer Cartell, que invirtió en ella más de tres quintales de metal.

Por efecto del desgaste, en 1407 hubo necesidad de dar un repaso a dicho reloj, pagándose 35 florines de oro de Aragón y tres dineros de moneda real de Valencia.

Solicitado y obtenido el permiso real, el Concejo colocó, en 1403, una campana para dar las horas, pero tocada por dos personas contratadas al efecto. Hay cierta duda de si en la Casa de la Ciudad hubo reloj mecánico o no lo hubo por estas fechas; Sanchis Sivera dice que no, pero Orellana y Boix dicen que sí. El primero admite que sí lo había en 1413.

En 1413 se colocó la campana en el Miguelete, que hacían sonar dos hombres, hasta que se construyese el reloj.

También el palacio real de Valencia tenía su reloj mecánico, pues, según documentos, por limpiar y cuidar de su funcionamiento se pagaron determinadas cantidades a Pedro Vetxo en 1437 y en 1445.

La fecha en que fué colocado el reloj en el Miguelete es muy incierta. En 1422, el Concejo aprobó la construcción de un reloj de los de «nueva invención, que tocase mecánicamente las horas y señalase los crecientes y menguantes de la luna». Concertadas las capitulaciones necesarias para la construcción y cuidado de un reloj mecánico con el maestro relojero Roberto del

Camí, se estipuló una asignación de 50 libras anuales, que cobraría en dos plazos, uno, por San Juan, y otro, por Navidad.

Pero la fecha de su instalación en lo alto de la torre no se sabe. En 1446, los justicias y jurados, en vista de que el reloj del Miguelete era tan imperfecto, determinaron hacer otro — escribe Sanchis Sivera —, de los que en aquel tiempo había, de nueva invención, cuya máquina tocase las horas, el cual costó 3.000 florines, sirviendo hasta 1684, en que, desgastadas sus ruedas, se tuvo que cambiar por otro nuevo.

Estos fueron los primeros relojes mecánicos que hubo en la ciudad; fuera de ella, se tienen noticias de otro instalado en el monasterio de Valldigna,

(1) Archivo de la Catedral, volumen 3.649.

E. SOLER GODES